

# Conferencia en la elección de Consejo Directivo\*

## Conference at the Election of the Board of Directors

Lucía Montoya\*\*

El tema del foro que nos reúne hoy se refiere a las lecciones que la pandemia ha dejado y a los retos que se vislumbran en el futuro para la universidad y, particularmente, para los profesores.

Pero quiero, primero, precisar cuál es el reto que enfrento diariamente desde que soy profesora.

El reto de formar personas con un alto nivel de preparación en su campo, pero, sobre todo, ciudadanos conscientes de su responsabilidad con la sociedad, de la cual son un grupo privilegiado, por el solo hecho de poder acceder a la educación superior. Ciudadanos que se atrevan a pensar por sí mismos y a decidir en consecuencia, tolerantes con todas las opciones religiosas, políticas y sexuales, pero

intolerantes con la inequidad y el uso abusivo del poder.

Todos esos retos se hacen más difíciles ahora y en el futuro.

Durante la pandemia perdí la mejor señal para saber si un estudiante seguía mi explicación o estaba perdido, si el tema lo entusiasmaba o lo dejaba indiferente, si estaba realmente en clase o lejísimos de allí. Perdí sus ojos

En cambio de sus ojos tengo sus nombres y cuando traté de presionarlos para que prendieran sus cámaras, algunos adujeron: “Profe, si prendo la cámara no puedo tener sonido”; en otras palabras: no tengo capacidad de pagar un plan que me ofrezca un buen servicio de internet. Y entonces, añoré la época previrus, en la que todos mis estudiantes, sin importar de cual clase socioeconómica provinieran, recibían mis clases en las mismas condiciones.

Pero, presiento que los retos del período pospandemia serán mayores que los del presente.

\* En el marco de la renovación del Consejo Directivo de la Universidad Externado de Colombia en 2020.

\*\* Profesora de la Facultad de Economía de la Universidad Externado de Colombia. Correo electrónico. lucia.montoya@uexternado.edu.co

Tengo una cantaleta que adoro: no repitan nada que no entiendan, no acepten como cierto nada que no comprendan, porque eso es una afrenta a su condición de seres inteligente. Y repito ese mantra una y otra vez con la ilusión de que si esa idea les cala, jamás seguirán ciegamente a un caudillo político o a un líder religioso que les ahorre el trabajo de decidir por sí mismos.

Y serán tolerantes, porque no verán a los que piensan diferente como enemigos sino como contradictores, con quienes el debate intelectual puede ofrecerles la satisfacción de convencer al otro o la enriquecedora posibilidad de entender que no tenían la razón.

Pero la desestructuración del entramado social producida por el coronavirus es un caldo de cultivo propicio para la intolerancia y los caudillismos. A alguien hay que echarle la culpa del desastre económico y social, y cada grupo señala a los que han escogido opciones políticas, religiosa o sexuales diferentes como los causantes del desastre; y lo más probable es que la mayoría de la sociedad piense que un caudillo autoritario es la redención.

Todo ese entorno me implicará redoblar esfuerzos para lograr que mis alumnos decidan ser librepensadores y, por lo tanto, tolerantes.

La pandemia agudizó la situación de desigualdad, que ya era grave, y

entonces mis esfuerzos deberán ser mayores para que ellos sean más firmes en denunciar ese estado de cosas como intolerable y se animen a hacer, o por lo menos a apoyar, las reformas que lo modifiquen.

Pero no solo el entorno social y político habrá cambiado, ¡también mis estudiantes!

Recientes estudios han demostrado que, en esta pandemia, los jóvenes han mostrado mayores síntomas de depresión y ansiedad que el resto de la población.

Han tenido que enfrentar las dos situaciones más duras para el ser humano: la pérdida y la incertidumbre. Han perdido su libertad de desplazamiento, su modelo de vida y algunos, su seguridad económica, su salud y a sus seres queridos.

Y no tienen ninguna certeza de cómo reconstruirán el mundo que han perdido y eso les genera miedo y pesimismo.

Sumado a lo anterior, la disminución abrupta de sus relaciones sociales y de los espacios para disfrutar del ocio, han generado desequilibrios en su personalidad que se traducen, según los psicólogos, en insomnio, pérdida de atención, dificultad para razonar y, en casos más severos, depresión y episodios psicóticos.

Me pregunto si para ayudarles a superar todos estos problemas tendré la sabiduría para diseñar y la destreza para construir las herramientas que los animen a hacer uso de todos los recursos que su especie, su país y su universidad han utilizado para enfrentar con éxito las circunstancias adversas.

Por lo pronto, mi mensaje no es apocalíptico, pero tampoco es de un optimismo ciego y simplista. La actual es una situación que nos recuerda día a día que no tenemos formas conocidas de controlarla, pero que a la vez y por eso mismo nos obliga a usar toda nuestra imaginación y nuestro instinto de conservación para ganarle a la adversidad.

Voy a robarle a Charles Dickens las frases con que inicia *Historia de dos*

*ciudades* para decir bien dicho lo que yo apenas alcanzo a balbucear.

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría y también de la locura, la época de las creencias y de la incredulidad, la era de la luz y de las tinieblas, la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación.

Para terminar, me uno al grito de esperanza que lanzó el Externado en sus tiempos más aciagos: después de las tinieblas espero la luz.

## Referencia

DICKENS, C. (1940). *Historia de dos ciudades*. Sopena